

les y literarias. Abi Osbaja escribió las vidas de mas de trescientos médicos arabes: Al Abbas ha dexado una docta é importante obra, que intituló *Al-Malec*, ó bien sea obra régia, donde da cabal noticia de la medicina y de los medicos arabes. Semaladdin Ebn Al Kofti publicó una historia mas completa de la medicina de su nacion; y muchos Arabes compusieron bibliotecas é historias de sus nacionales, que profesaron esta ciencia. Lo que podrá acreditar bastantemente que el estudio de la medicina se familiarizó con los Arabes, y logró entre ellos un numeroso ejército de seqüaces. Mas para formar una justa idea del estado de la medicina, es tambien preciso pesar el merito de sus escritos, y examinar los prógrosos que hizo aquella facultad con tanto número de cultivadores. Sé muy bien que muchos, viendo reynar á los Arabes por tantos siglos en nuestras escuelas, y oyendo proferir á los médicos con tanto respeto los nombres de Razis, de Avicenna y de otros maestros suyos, los llamaron verdaderos restauradores de la medici-

na griega, é inventores y padres de la nuestra; pero tambien sé que otros muchos, ó ingratos á las luces recibidas de los Arabes, ó excesivamente zelosos del honor de los Griegos, ó descontentos de quanto nos viene de los antiguos, como hombres que solo aman las obras modernas, obstinadamente han pretendido que los Arabes no fueron restauradores ni padres de la medicina, sino corrompedores y depravadores de ella; y que lexos de hacer progresos en su verdadero estudio, nos han extraviado del camino recto, que podia llevarnos adelante en la carrera de la medicina. Es cierto que los Arabes usurparon, ó recibieron injustamente el principado en las escuelas de medicina; pero sus contrarios con igual injusticia, no contentos con derribarlos del trono, los han arrojado en un lugar sobrado vil. Yo creo que en esta parte qualquiera puede sin rezelo de incurrir en la tacha de parcial, abrazar la opinion de Freind, que verdaderamente no se manifiesta muy contento de los Arabes; pero sin embargo confiesa con sinceridad que *hæc eorum laudis*

dis summa est. et si pleraque à Græcis sumserint, tamen aliqua iis medicinae deberi incrementa, haud inficiari absque injuria possumus. Y en efecto á ellos debemos la aplicación de la química á la medicina, ó las preparaciones químicas de los medicamentos. Clerc quiso hacer al célebre Avicenna el obsequio de darle por autor de esta invencion; aunque Freind pretende mas justamente que antes hubiese hablado de ellas el no menos célebre Razis; pero sea la gloria de Razis, ó sea de Avicenna, no puede dudarse que es de los Arabes. ¿Quántas noticias importantes sobre la diagnóstica y sobre la cirugía no presenta el *Método de curar* de Abulcasi, cuya obra abunda en nuevos modos de usar los instrumentos, y en prudentes cautelas y avisos útiles? La pharmacía es deudora de muchas luces al arabe Avenzoar, que no solo ilustró esta parte de la medicina, sino tambien otras muchas. Hemos dicho antes quanto cuidado pusieron los Arabes en cultivar la botánica y la historia natural, y aquel estudio no se dirigió á una mera curiosidad, sino á

me-

mejorar la medicina. De aqui provino enriquecerse ésta con muchos aromas, muchos metales, muchas plantas, y algunas piedras y vegetables, y adelantarse no poco descubriéndose en los objetos conocidos nuevas virtudes que aun se ignoraban. Portal, docto historiador de la anatomía, dice, que Avenzoar ha sido el primero que ha hablado del absceso al mediastino, y de la disfagia, ó dificultad de tragar. La espina ventosa, las viruelas y otras enfermedades ¿quién las ha tratado antes que los Arabes? Razis, llamado el Galeno arabe, Avicenna, Averroes y algunos otros paisanos suyos, ó han dado noticia de males nuevos, y de nuevos remedios desconocidos de los Griegos, ó han reducido á nuevos métodos las operaciones ya usadas, ó han seguido nuevo orden y nuevos planes, para tratar las materias médicas, de que habian escrito los Griegos. Y asi parece que no por una preocupacion inveterada ni por un ciego respeto á los mayores, sino con pleno conocimiento y con la luz de la buena crítica, se pueden aplaudir los estudios me-

di-

dicos de los Arabes, que nos conservaron las olvidadas doctrinas de los Griegos, supieron enriquecerlas con sus propios fondos, y llevaron en triunfo la medicina por todo el mundo. En vista de esto algunos creeran que no pueden tener disculpa las duras expresiones del Petrarca, que escribiendo á su amigo Juan Dondi médico de Padua, dice (a) *Unum antequam desinam te oro, ut ab omni consilio mearum rerum tui isti Arabes arceantur, atque exulent: odi genus univcrsum. . . vix mihi persuadetur ab Arabibus posse aliquid boni esse.* Pero yo, poseido del respeto que se debe al padre de la moderna literatura, no me atrevo á culparle, y antes creo poderse encontrar en las circunstancias de los tiempos en que escribió, no solo excusa legitima, sino tambien motivo para alabar su zelo, sin que resulte perjuicio al honor de los Arabes. La excesiva veneracion, que entonces se profesaba en las escuelas á los escritos arábigos, retardó por mucho tiempo los pro-

(a) Sen. lib. XIII ep. II.

progresos de las ciencias; y la medicina, la filosofia y las matemáticas, no atreviéndose á superar los confines de los Arabes, se confundieron en extraños laberintos, y fue preciso mucho trabajo para hacerlas salir á luz mas clara. Conociendo esto el Petrarca con su profundo ingenio, no pudo contener el ardiente zelo, ni dexar de explicar aquellos amargos sentimientos contra los Arabes, causa aunque inocente de tanto mal. Una razon semejante estimuló despues á Galiléo, á Cartesio, y sobre todos á Gassendo á declamar excesivamente contra Aristóteles y toda su doctrina. No hubieran bastado voces moderadas para volver al recto camino el rebaño escolástico, y era preciso valerse de fuertes y vehementes gritos. Los literatos posteriores alaban el justo ardor del Petrarca y de Gassendo, y continuan en hacer el debido aprecio de Aristóteles y de los Arabes.

Si hasta aqui hemos visto á los Arabes como seqüaces, ó promovedores, ó corrompedores de la doctrina de los Griegos, ahora veremos dos ramos de literatura que

Jurispru-
dencia y
Teologia.

adquirieron por sí, y que ciertamente no podrá decirse que los tomaron de los Griegos. Estos son la jurisprudencia y la teología musulmana, que deberémos recorrer muy de prisa habiendonos detenido demasiado en examinar las otras ciencias. El excesivo respeto y la fanática superstición que tributaban al Alcoran, ocupaba los animos de los Arabes, y los empleaba en muchas y muy menudas pesquisas; y la sutileza de sus ingenios producía cada dia nuevas questões, que daban materia á muchos tratados y á infinitos libros. Los estudios sagrados se cultivaban con el mismo ardor con que se abrazaba la religion; y de aqui provino que los Principes y Señores mas distinguidos, las personas devotas y religiosas, y lo mas respetable de la nacion tuviesen por una de sus mas graves obligaciones el dedicarse con el mayor empeño á promover aquellas ciencias. El Califa Raschid eligió por su maestro en el derecho al erudito Asmai, hombre sumamente versado en las tradiciones, y que entendia perfectamente el Alcoran. Kossa, antes

citado, instruyó en las leyes al famoso Almamón. Y todos los demás Principes siguieron igualmente aquellos estudios á que les conducía el zelo de la Religion. Como el Alcoran era el código de sus leyes, tanto canónicas como civiles, y la fuente de su teología, era muy frecuente ver disputar á los doctores del derecho sobre las questões teológicas. En efecto Asmai, maestro del derecho, escribió un libro de teología muy estimado, con el titulo de *Fundamentos de la teología escolástica*. Al Safei se declaró abiertamente enemigo de esta teología, y se hizo gefe de otra secta llamada de los *Sonnitás*. Este fue el primero que reduxo á systema su jurisprudencia, y su libro de los *Fundamentos del musulmanismo* comprehende todo el derecho civil y canónico de los Mahometanos. La prodigiosa multitud de sectas, que dividía las escuelas teológicas de los Arabes, presenta la prueba mas convincente del ardor con que se cultivaban estos estudios. Ya desde el principio nacieron los *Eschiitas* seguidores de Ali, y tenidos como cismáticos; Ha-

kem creó la secta de los *Mobeyditas*; los *Hanifitas* vienen de Abu Hanifah, autor de tres libros famosos, el *Apoyo*, la *Teología escolástica* y el *Maestro*. Habia además de estos los *Zendisistas*, que podian decirse sus Maniqueos; los *Motazalitas* semejantes á los Socinianos, y otras diferentes sectas, de las cuales las mas famosas pasaban de 70. Hottinger en la *Historia oriental*, y Pocok en el *Ensayo de la historia arábica* han hablado á la larga de ellas; á nosotros nos basta recordarlas, para manifestar que no solo fueron cultivados por los Arabes estos estudios, sino que llegó á ser excesiva su cultura. Finalmente para hacer ver que no hubo en la teología pais alguno extranjero para los Arabes, diremos que en la biblioteca del Escorial se encuentran muchos libros ascéticos, muchas reglas monásticas y muchos escritos de mística de todas especies, que son otros tantos monumentos del infatigable é industrioso zelo de aquellos literatos en promover y enriquecer sus estudios sagrados. Paso por alto los Alrassas, los Altaphtazanos é infinitos nom-

nombres de doctores célebres: basta abrir la *Biblioteca oriental* de Herbelot, en la que con dificultad se encontrará pagina donde no se lea el nombre de algun famoso teólogo, ó jurista de los Musulmanes; omito millares de pandectas, de instituciones, de tratados, de comentarios, de sumas, de métodos y de otros escritos sobre el derecho civil y canónico, sobre la Escritura y las tradiciones, sobre la teología dogmática y la escolástica; y concluyo asegurando á los lectores que el espacioso campo, que presenta á nuestra vista la literatura arábica en todas sus clases, me ha obligado á dexar correr la pluma mas libremente de lo que permite el objeto de esta obra. La materia aunque no sea tan preciosa como la de la literatura griega, es sin embargo mucho mas abundante; y el estar menos expuesta á los ojos de los literatos, me ha dado algun derecho para extenderme en este capitulo, y esperar la indulgencia de los lectores.